

APUNTES EN SUCIO
MANUEL JABOIS

Privilegio
de culpa

IÑAKI Urdangarin sacó partido a su condición de miembro de la Familia Real para embolsarse millones de euros y se apresta ahora a sacarle partido a su culpabilidad para evitar ir a la cárcel. Ello demuestra que lo difícil del estatus de privilegio no es tenerlo, sino conservarlo en cualquier circunstancia de un modo absolutamente torero. Se llega así a la impresión de que Urdangarin siempre encontrará un resquicio con el que favorecerse de su posición sea ésta la de duque, la de culpable o la de pastor de ovejas en las montañas de Zumárraga, como si un antepasado suyo fuese el primer condenado a muerte que conquistó el derecho a pedir lo que quisiese en la última cena. Esta virtud suya no debería ser menospreciada y más en los tiempos que corren, pues no son pocos los conferenciantes de la crisis –acaso lo peor de la crisis no sea el paro, sino quienes explican cómo frenarlo– que piden

«¿A la cárcel? Usted no sabe con quién está hablando: yo soy culpable»

optimizar recursos. ¿Y quién optimiza más recursos que uno que abusa de su condición de imputado? «¿A la cárcel? Usted no sabe con quién está hablando: yo soy culpable». Para ser hijo de un nacionalista vasco y una belga, y tener plaza en Barcelona, Urdangarin empieza a perfilarse como el español más auténtico de la Familia Real. Por donde va expande el privilegio valiéndose de su posición, que ya puede ser la de acorralado, y si esta jugada maestra suya tiene algo de malo es que nos quedaremos sin saber lo lejos que llegaría dentro de un penal, donde sería muy capaz, sin ánimo de lucro, de convertir a Malamadre en el recadero con tutú que le llevase chicles y revistas a su módulo palaciego.

> TRIBUNA / EDUCACIÓN / CÉSAR GARCÍA

Reflexiones sobre la Universidad

UNA DE LAS NUEBAS irrefutables que se ha hecho imprescindible a la hora de denunciar la falta de calidad de las universidades españolas es la baja clasificación que obtienen en los rankings internacionales, donde siempre aparecen del puesto 200 para arriba. Aunque la metodología que utilizan estos rankings, basada fundamentalmente en la publicación de artículos en revistas académicas de ciencias y tecnología en detrimento de las humanidades o de otros aspectos relacionados con la enseñanza, pueda ser discutible, son una buena orientación. Llorar y lamentarse, como hace la Comisión Europea, de que estos criterios siempre favorecen a las universidades norteamericanas, no sirve de mucho cuando el resto del mundo los sigue a pies juntillas.

Sin embargo, en esta ocasión, me gustaría hablar de otros aspectos que se suelen dejar de lado acerca de la experiencia universitaria en España y que contribuyen activamente a su desprestigio.

El primero de ellos tiene que ver con el escaso interés que tiene como experiencia vital. Mientras, por ejemplo, en Estados Unidos, ir a la universidad supone un rito de paso, ya que suele implicar abandonar el hogar paterno y enfrentarse a los desafíos de la vida cotidiana (convivencia con otras personas, sexo, alcohol, trabajo, etcétera) en solitario, en España ir a la universidad apenas supone para una mayoría de estudiantes trasladarse a otro barrio y bajarse en otra parada de autobús o estación de Metro. El resto de las constantes vitales, como seguir viviendo en casa de los padres o salir con los mismos amigos, permanecen inalterables. El riesgo en términos monetarios o coste de oportunidad también es mínimo, ya que los alumnos españoles sólo vienen a pagar el 15% de la matrícula (desde ahora el 30%). Un hieratismo que se traslada a una enseñanza que empieza y termina en el aula y fundamentalmente basada en atender a las explicaciones del profesor, realizar exámenes y quizá escribir algún trabajo.

UNA SITUACIÓN que difiere sustancialmente con el modelo norteamericano de universidad liberal concebido para que el estudiante se *moje*, es decir, tenga que afirmar su personalidad a través de la toma de decisiones en numerosos ámbitos: vivir dentro o fuera del campus, trabajar ahora o más tarde para pagar los préstamos que recibe del Estado, pertenecer a determinados clubs y asociaciones, elegir qué cursos y qué profesores, hacer antes el *major* (licenciatura) o el *minor* (diplomatura), ambos obligatorios, tomar clases en verano o no, escribir en el periódico de la universidad o no, estudiar cursos a distancia o presenciales, realizar todos los créditos en el campus o en el extranjero, o quizá finalizar su *major* en otra universidad donde el departamento se adapte mejor a sus características.

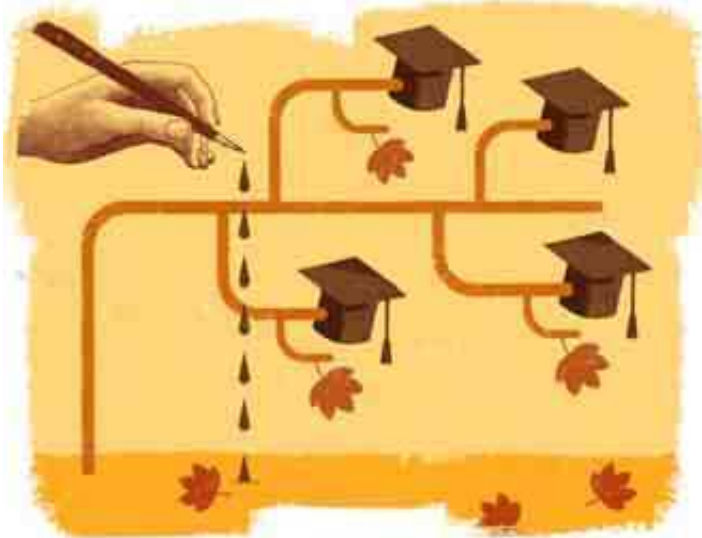
Esta capacidad de decidir por parte del universitario también se manifiesta dentro del aula, donde la percepción de la autoridad del profesor no liquida la posibilidad de un intercambio de ideas u opiniones acerca de un determinado tema. El estudiante no siente complejo de recoger el guante de una determinada pregunta del profesor en voz alta y existe en general una buena predisposición a embarcarse en el método socrático de búsqueda de la verdad, algo lejano en la universidad española en la que el estudiante protege su libertad marcando distancias con los profesores.

El escaso entusiasmo que en España suscita la experiencia universitaria se agudiza por la inexistencia de un auténtico mercado universitario y la ausencia de competencia entre los centros, ya que los estudiantes no encuentran ningún motivo para ir a una universidad fuera de su ciudad o región, ya que todas ofrecen más o menos lo mis-

mo. Los campus tienen todos más o menos la misma estética y el marketing y la construcción de marca huelgan por su ausencia al tener una clientela cautiva. No deja de llamarme la atención, en una de las universidades con más estudiantes del mundo como es la Complutense, no ver ni una sola sudadera con su logotipo por las calles o que en la facultad de Ciencias de la Información la librería todavía tenga un formato de ventanilla en el que los estudiantes ni siquiera tienen la oportunidad de tener contacto físico con los libros.

La creación de universidades a la puerta de casa ha promovido el localismo hasta niveles inimaginables hace décadas cuando al menos había universitarios que se desplazaban a Madrid, Barcelona u otras ciudades a ampliar horizontes. Este localismo también es favorecido por la disponibilidad de fondos públicos de carácter regional que hacen que el profesorado se centre en no pocas ocasiones en investigaciones de ámbito muy local como requisito para acceder a los mismos.

En Estados Unidos la competencia se manifiesta en varios aspectos fundamentales: la existencia de un mercado de profesores dispuestos a moverse y que pueden contratarse con la misma libertad con la que una empresa contrata a cualquier tipo de empleado; un mercado de estudiantes que buscan recibir la mejor educación posible; y un mercado de empresas y agencias que, en su ma-



España la vida universitaria se asemeja a la de un árbol, es decir, nacer, desarrollarse y morir en el mismo sitio, en Estados Unidos el aperturismo genera una dinámica de competencia entre las universidades por contratar a los mejores profesores y entre profesores por realizar los méritos suficientes para trabajar en los mejores centros.

A TÍTULO personal puedo acreditar que es más sencillo ser contratado por una universidad americana que por una española (especialmente si es fuera de tu autonomía) debido a las incontables barreras burocráticas. En España es muy difícil llegar a profesor titular –es decir, ganar un salario decente– con menos de 40 años, lo cual hace más fácil ser contratado por una universidad en el estado de Kentucky que, por poner un ejemplo, la Universidad de La Rioja.

La burocracia afecta fundamentalmente a la función pública, donde la política de ascensos y los plazos están fijados de antemano. Me pregunto qué motivación puede tener un profesor titular de universidad si tiene garantizada una plaza de por vida y unos suplementos salariales que se perciben en función de la antigüedad y con independencia de la calidad de las clases o el número de publicaciones. Es, como casi todo en España, una cuestión de dejar que pase el tiempo. Ello sin entrar en el tema del tipo de incentivos que se ofrecen: las promociones una vez que se tiene la plaza suponen 200 o 300 euros mensuales de diferencia. Al no existir mercado por las altas barreras burocráticas se da la circunstancia de que todos los profesores titulares cobran más o menos lo mismo en cualquier universidad. ¿Se imaginan un profesor laureado de la Universidad de Berkeley cobrando igual que otro en la Universidad estatal de West Virginia?

Al igual que sucede en el mundo de la empresa, en el mundo de la educación las universidades americanas tratan de ofrecer los mejores productos, es decir, programas más interesantes y la mayor cantidad y calidad de actividades posibles para captar los mejores estudiantes. Es un fenómeno que se retroalimenta y recíproco, cuanto más prestigio tienen los profesores de los departamentos, atraen mejores estudiantes y viceversa. El resultado es una alta capacidad innovadora y gran flexibilidad para adaptar los programas académicos a las necesidades de los estudiantes y de toda la sociedad.

No en vano, en Norteamérica existen multitud de rankings que establecen el prestigio de cada universidad según un conjunto de parámetros como relación calidad-precio, atención al alumno, la calidad del profesorado e incluso la calidad de vida en el campus. A diferencia de España, los universitarios americanos no saben en qué universidad van a terminar después de acabar *high school* (bachillerato). Lo normal es solicitar plaza en varias universidades al mismo tiempo teniendo como único criterio la calidad y no necesariamente la cercanía a su domicilio. De hecho, toda aquella familia que puede permitírselo suele enviar a sus hijos a estudiar a universidades fuera del área normal de residencia al entender que favorece el crecimiento individual.

Una experiencia vital más rica y un mercado más abierto redundaría en una mayor diversidad de estudiantes y de profesores que elevaría el nivel académico general. España, gracias al idioma, al clima y a la calidad de vida, podría tener opciones de atraer talento académico como sucede en EEUU, donde no siempre el salario es lo más importante para atraer a los mejores profesores. Pero para ello hay que tener el liderazgo necesario para hacer reformas de verdad y no sólo recortes.

César García es profesor de la Universidad Pública del Estado de Washington.

«El escaso entusiasmo que en España suscita la experiencia universitaria se agudiza por la ausencia de competencia entre centros»